

El almohadón de plumas y otros cuentos

Horacio Quiroga

Prólogo: **Pablo Ramos**

Estudio: **María Fernanda Maquieira**

loquele_o

[Prólogo]

Por Pablo Ramos

Dice el escritor Abelardo Castillo que los cuentos de Horacio Quiroga pueden hablar de cualquier cosa: un perro, una locomotora, un bote, la selva, Montevideo, Buenos Aires; pero que su personaje real es siempre la muerte. No lo expresa textualmente así, pero eso es lo que dice. Y creo que tiene razón.

Se me presentan, entonces, algunas cuestiones importantes frente a la tentativa de escribir unas palabras preliminares a un libro que, en rigor, no necesitaría ninguna presentación.

¿Cómo hablar del autor de estos cuentos sin que recaigan mis palabras en una zona de espanto y oscuridad? ¿Por qué un escritor elige un tema y lo desarrolla durante toda su obra obsesivamente? Y ya que la violencia y la muerte, en el cine, en la televisión, en la realidad, son por momentos algo más habitual de lo que incluso desearíamos, ¿puede ser la muerte un personaje literario interesante? ¿No vimos demasiadas películas sobre animales, selva, puñaladas? ¿Puede ser la literatura más poderosa que el cine? Y, en todo caso, ¿qué interés puede tener el lector joven de internarse en el universo de estos

cuentos que a primera vista deberían ser algo antiguo, viejo, o pasado de moda?

Con respecto a la primera cuestión lo mejor va a ser la brevedad. Decir que Horacio Quiroga fue un hombre cuya vida estuvo signada por la muerte y la desgracia desde sus comienzos. Nació en Salto, Uruguay, en 1878. Tenía tres meses de vida cuando, al bajar de un bote rumbo a una chacra que la familia había comprado en San Antonio Chico, a su padre se le dispara accidentalmente la escopeta y se mata delante de él y de su madre, Pastora. Más tarde, ella volvería a casarse pero su padrastro se suicidaría antes de que él cumpliera los cinco años, y una cadena de muertes y suicidios lo perseguiría, dejando en el camino la vida de amigos, de su esposa y, finalmente, la suya, en Buenos Aires, en 1937.

Una de esas muertes, la de Federico Ferrando, lo marcaría para siempre: el propio Quiroga, limpiando un arma, disparó en forma accidental y lo mató en el acto.

Entonces: ¿cómo no iba a ser también la muerte (y su tragedia) la protagonista principal de los relatos de Quiroga?

Con respecto a las demás preguntas, a lo que puede encontrar el lector en estos cuentos, esto es algo un poco más profundo, algo por momentos ilimitado.

Quiroga es el cuentista por excelencia, como pudo haberlo sido Poe. De hecho hay grandes similitudes: desde el aspecto formal y perfeccionista del cuento, su concepción y su desarrollo, hasta su trabajo como teórico y ensayista. Muy pocos escritores en la historia de la literatura mundial dejaron, además de su obra, un trabajo tan generoso como "Los trucos del perfecto cuentista" donde Quiroga le brinda

al escritor moderno los principales conceptos desarrollados para afinar y pulir su arte hasta la perfección.

Es que los cuentos pueden ser perfectos y, en este libro, el lector va a encontrarlos; verdaderas obras de arte que le harán sentir el horror y la crueldad de la vida y la naturaleza frente a la fragilidad del hombre. Le harán sentir lo fatal de un error en un mundo (la selva, el bosque, el río, etcétera) que no admite que se cometan errores. Una mordida de serpiente, un tropezón con el machete en mala posición, todo puede costarnos la vida, porque nosotros también estamos inmersos en la historia, porque esa selva es fácilmente trasladable a una ciudad, a un pueblo, a la montaña. Vivir significa *riesgo de morir*, y morir no es solamente el terror de una puñalada, el dolor físico de un hachazo, como nos muestra hoy en día el cine de terror. O, al menos, no es sólo eso. Morir es perder todo lo que uno tiene, y todo lo que uno puede llegar a tener. Morir es desaparecer para siempre y, en un lugar donde la selva se lo devora todo, uno podría decir que morir es desaparecer, también, desde siempre.

Gran parte del valor de un texto literario se puede encontrar en el origen del mismo, y el origen de una obra de calidad está mucho más atrás en el tiempo que la propia escritura. En las cavernas oscuras del alma, en los recuerdos que atormentan, en los sueños que angustian la existencia, en la noches de fiebre y de culpa, en el más profundo dolor frente al desparpajo que produce la crueldad y la ferocidad de la vida que le pasa por encima al hombre, que lo aplasta, que no le da casi ninguna posibilidad; ahí está el origen de los cuentos que presentamos hoy acá.

Y en ellos está también presente esa búsqueda: la de la voluntad del hombre por sobreponerse a la muerte, la del

amor. El deseo de lo absoluto, de lo perdurable, encontrarás, lector, en estos cuentos. En sus palabras y en lo no dicho, en el maravilloso estilo con que está dicho y no dicho. Siempre y cuando seas el lector que merezca este libro. Porque éste no es un libro para chicos, es un libro para gigantes, para exploradores y aventureros de la selva más salvaje: el alma milenaria del ser humano.

Para la presente edición hemos organizado los textos en forma cronológica, según su primera publicación en diarios o revistas, tales como *Caras y Caretas*, *Fray Mocho*, *Atlántida*, *Babel*, *El Hogar*, *La Nación*, aunque luego hayan aparecido en libros.

Hemos consultado las siguientes ediciones: *Los perseguidos y otros cuentos*, Biblioteca Rodó, Tomo VII, Montevideo, 1941; *El crimen del otro*, Claudio García editor, Montevideo, 1942; *Diario de viaje a París*, Número, Montevideo, 1950; *Cuentos de amor de locura y de muerte*, Losada, Buenos Aires, 1954; *Los desterrados*, Losada, Buenos Aires, 1956; *Cartas inéditas*, Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios, Montevideo, 1959; *Más allá*, CEAL, Buenos Aires, 1980; *Cuentos*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1981; *Para noche de insomnio*, Libros del Quirquincho, Buenos Aires, 1991.

Para noche de insomnio

Ningún hombre, lo repito, ha narrado con más magia las excepciones de la vida humana y de la naturaleza, los ardores de la curiosidad de la convalecencia, los fines de estación cargados de esplendores enervantes, los tiempos cálidos, húmedos y brumosos, en que el viento del sud debilita y distiende los nervios como las cuerdas de un instrumento, en que los ojos se llenan de lágrimas que no vienen del corazón; la alucinación, dejando al principio bien pronto conocida y razonadora como un libro; el absurdo instalándose en la inteligencia y gobernándola con una espantable lógica; la histeria usurpando el sitio de la voluntad, la contradicción establecida entre los nervios y el espíritu, y el hombre desacordado hasta el punto de expresar el dolor por la risa.

BAUDELAIRE (*Vida y obras de Edgar Poe*)

A todos nos había sorprendido la fatal noticia; y quedamos aterrados cuando un criado nos trajo —volando— detalles de su muerte. Aunque hacía mucho tiempo que notábamos en nuestro amigo señales de desequilibrio, no pensamos que nunca pudiera llegar a ese extremo. Había llevado a cabo el suicidio más espantoso sin dejarnos un recuerdo para sus amigos. Y, cuando lo tuvimos en nuestra presencia, volvimos el rostro, presos de una compasión horrorizada.

Aquella tarde húmeda y nublada hacía que nuestra impresión fuera más fuerte. El cielo estaba lívido, y una neblina fosca cruzaba el horizonte.

Condujimos el cadáver en un carruaje, apelotonados por un horror creciente. La noche venía encima; y por la portezuela mal cerrada caía un río de sangre que marcaba en rojo nuestra marcha.

Iba tendido sobre nuestras piernas, y las últimas luces de aquel día amarillento daban de pleno en su rostro violado con manchas lívidas. Su cabeza se sacudía de un lado para otro. A cada golpe en el adquinado, sus párpados se abrían y nos miraba con sus ojos vidriosos, duros y empañados.

Nuestras ropas estaban empapadas en sangre; y por las manos de los que le sostenían el cuello, se deslizaba una baba viscosa y fría que a cada sacudida brotaba de sus labios.

No sé debido a qué causa, pero creo que nunca en mi vida he sentido igual impresión. Al solo contacto de sus miembros rígidos, sentía un escalofrío en todo el cuerpo. Extrañas ideas de superstición llenaban mi cabeza. Mis ojos adquirían una fijeza hipnótica mirándolo y, en el horror de toda mi imaginación, me parecía verle abrir la boca en una mueca espantosa, clavarme la mirada y abalanzarse sobre mí, llenándome de sangre fría y coagulada.

Mis cabellos se erizaban, y no pude menos de dar un grito de angustia, convulsivo y delirante, y echarme para atrás.

En aquel momento el muerto se escapaba de nuestras rodillas y caía al fondo del carruaje cuando era completamente de noche, en la oscuridad, nos apretamos las manos, temblando de arriba abajo, sin atrevernos a mirarnos.

Todas las viejas ideas de niño, creencias absurdas, se encarnaron en nosotros. Levantamos las piernas a los asientos, inconscientemente, llenos de horror, mientras en el fondo del carruaje el muerto se sacudía de un lado a otro.